ROMANCE NUEVO, EN QUE SE DECLARA, Y DA CUENTA, como un cristiano, natural de la ciudad de Valencia, estando cautivo en la ciudad de Constantinopla, en el Palacio del gran Turco se enamoró de la hija de dicho Rey; dase cuenta como él, con sus persuaciones la redujo á nuestra santa Fé, bautizandola; y como despues murieron martires. Con todo lo demás que verá el curioso lector.

EN el alcazar de Venus,
junto al Dios de las planetas
en la gran Constantinopla,
allá en la casa de Meca,
Donde aquel Sultan bajá
imperio de tanta fuerza,
aquel alcorán, que todos
le pagan tributo en perlas,
Rey de setenta y tres reynos,
de siete imperios cabeza;
este tal tenia una hija,
que es del imperio heredera.
Tiene Lucinda por nombre,
porque lucen sus bellezas,
mas que un trono de Amarilis,
mas que un cielo de Medea.
Su cara, y rubios cabellos
es un sol sin resistencia,
trae en la frente la luna,
y son dos aljavas sus cejas.
Sus ojos son dos flecheros,
que están tirando saetas;
es sirena encantadora,
que encanta cuantos encuentra.
Herida está del amor,
porque una amorosa flecha
le traspasa el corazon,
por lo que padece, y pena,
Siendo la causa un cautivo
de la ciudad de Valencia,
que en los jardines del Turco
sus plantas cultiva y riega.
No es mozo de mucho tiempo
que á quince años no llega
cuya gala, y discrecion
punto es de la gentileza.

Mas

Mas Lucinda que no duerme,
que con ansias se desvela,
los despojos de cupido
dán fin á la primavera.
Y fué que estando Belardo
algo quejoso una siesta
al pié de una hermosa fuente,
cuyas corrientes risueñas
Con gargantillas murmuran
lo que distribuyen perlas,
al son de un fino instrumento,
cuyas concertadas cuerdas
Dan principio á sus acentos,
y lastimosas querellas;
y para darles principio,
decia desta manera:
Virgen pues vos sois mi Madre,
tened de mi lastima, y clemencia,
ó fortuna que en mi nombre
atrevida te despeñas!
Deten el curso voráz
á tu voladora rueda,
en la clausula de un dia
dió mi signo tantas vueltas.
Si nací para penar,
el cielo me dé paciencia;
mas Lucinda que no pudo
resistir tantas querellas,
Se arrojó despavorida
de entre unas matas espesas,
que está escuchando á su amante
estas lastimosas quejas.
Y hácia donde está el cautivo
paso, entre paso se fuera,
le dice: cristiano amigo,
que tienes que te lamentas?
Puedes á las peñas duras
ablandar con tus querellas:
Sirena soy, que en tu canto
la memoria traygo impresa.
Y entre mi amor, tus versos
hallan alivio mis penas:
volvió el cristiano la cara
y mirando á la princesa
Con una serena risa
le dice desta manera:
Cuando merecí Señora,
que tu magestad me vea?
Por ser gran dicha en un triste
el que le mire una Reyna:
dijo Lucinda, es mi gloria
mirar estas azucenas,
Se me ha perdido un diamante
al pié de aquestas macetas,
y ahora lo vine hallar
junto á esta fuente risueña.
El cristiano que la entiende
le dice desta manera:
Ese diamante, Señora,
es un fuego que te quema:
Lucinda le echó los brazos,
y en el carrillo le besa,
le dice: dueño del alma,
dulce, y regalada prenda,
Los diamantes de tus ojos
son dos luces que me queman:
yo me muero, y tu lo sabes,
y si tu no lo remedias,
Los volcanes de tu pecho
me harán perder la paciencia:
Belardo dijo, Señora,
reportate que estás ciega,
Que soy cristiano, y cautivo,
y vengo de pobre esfera;
y tu mora, y deste imperio
eres Reyna, y heredera;
Y mal puede haber amor
donde la ley no empareja:
dijo Lucinda: Belardo,
no sea de esa manera.
Eres niño, y no lo entiendes,
y es cosa muy verdadera
el gozar de la ocasion,
cuando el amor lo desea.
Mas

Mas Belardo que no pudo
resistir tantas ternezas,
sobre la alfombra del suelo
pasó el rigor de la siesta.
En el golfo de sus gustos,
en el mar de sus bellezas
quedó la Reyna dormida,
y el cristiano que está alerta
Dispuso dentro su pecho
el cristianizar á la Reyna,
con una concha de plata,
que la turca de olor lleva.
En el nombre del Padre, &c.
le echó el agua en la cabeza,
le puso por nombre Rosa,
y quedó Rosa tan bella
Que en paraninfo de flores
resucitó entre azucenas:
despertó del dulce sueño,
como la Luna serena,
Cuando sale entre nublado
dando luz á las tinieblas,
le dice: Sabrás Belardo,
como he soñado esta siesta,
Que mi alma estaba cautiva
en una prision perpetua,
y que tu me echabas agua,
y que me sacabas de ella.
Belardo dijo: Señora,
es cosa muy verdadera;
sabrás como estás cristiana,
con la potestad inmensa
Del soberano rocío
que te cayó en la cabeza:
los dos amantes se abrazan,
y dulcemente se besan.
Le dice: dueño del alma,
no quiero mas que me quieras
demás que yo soy cristiana,
sino que mi esposo seas.
Que te prometo esta noche,
antes que la aurora bella,
venga volando los campos,
que nos vamos á tu tierra.
Paraque conozca el mundo,
que la que fué tu princesa,
por dejar la vida airada
se va cristiana á Valencia.
Quitóse un sendal dorado,
con un encaje de perlas,
le dice; toma Belardo,
de nuestra fe verdadera,
Será este sendal testigo,
hasta llegar á tu tierra:
con esto quedate á Dios,
antes que nadie nos vea.
Se fué Rosa, y Belardo
quedó entre tinieblas,
aguardando que su esposa
le saque de tantas penas.
Rosa se vistió á lo turco,
con joyas, galas, y telas,
y Belardo de cristiano,
como su ley lo ordena.
Toma cuatro mil zequies
de Arabia rica moneda,
y toma para su amante
joyas, dineros, y perlas.
Se salen por un postigo
que hace una falsa puerta,
por el arenal caminan
donde el barco les espera.
Los dos se metieron dentro,
navegan á toda priesa,
llevan por remos sus gustos,
por arbol su diligencia.
Por velas llevan su amor,
y por trinquete sus penas:
mas no quiso su fortuna,
que llegasen á Valencia;
Porque los hallaron menos,
y el Turco con rabia fiera
mandó que luego los busquen
por el mar, y por la tierra.
Sa-

Salieron dos galeotas
fieras, ufanas, y sobervias,
carrozas de la fortuna,
que con baybenes navegan.
Cuando el claro rubio Apolo
tiende sus doradas hebras
dando luz al nuevo dia,
dijo Rosa con gran pena;
Belardo perdidos somos,
sin duda que en mi tierra
nos habrán hallado menos;
porque dos naves soberbias
Nos vienen cortando el viento,
navegando á remo, y vela:
y pues la adversa fortuna
de aquesta suerte lo ordena:
Goze el mar en tu nombre
aquestas, joyas y perlas,
y ya que tu no las gozas
nadie las goze en la tierra.
Dijo, y echólas al mar,
las dos cosarias que llegan,
prenden al triste barquillo,
por tener poca defensa.
Cogen á los dos amantes,
y á la corte se los llevan;
de que el gran Sultán les vió,
al proviso les sentencia,
De que mueran quemados,
porque asi su ley lo ordena;
sacan á los dos amantes,
ó que dolor! ó que pena!
Belardo de quince años,
su cara una rosa hecha,
vuelta en un morado lirio,
mas hermosa que las perlas.
Y Rosa de diez y siete,
su cara era una azucena,
vuelta en candidos jazmines,
disciplinadas violetas,
Desnudos de medio arriba,
descalzos de pié, y de pierna,
desmelenado el cabello,
con dos muy gruesas cadenas.
Pregonando van delante
con cuatro roncas trompetas,
que son voces del silencio
pregonando su sentencia.
Un arco se vió en el cielo,
con dos hermosas diademas,
escritas con sangre roja
aquestas siguientes letras:
Suban al cielo los justos
á gozar la gloria eterna,
y los injustos se queden
á padecer las eternas.
Estando ya para echarlos
á la encendida hoguera,
llegó un moro visitante,
y dijo desta manera:
De parte del gran Sultán,
lo que declara mi lengua,
que si el Alcorán adoran,
y profesan en su secta,
Y si reniegan de Dios,
y de la Virgen, sacra, y bella,
que se casarán los dos
gozarán reynos, y hacienda.
Mas Rosa le respondió,
con una fé verdadera:
Vete perro, y dile á mi padre,
que reniego de su secta,
Que por no ver á Mahoma
me arrojo á la vida eterna:
Ea valiente Belardo,
esta es nuestra fé verdadera,
Invoquemos á Jesus,
y á la Virgen sacra, y bella:
con esto los arrojaron
á la encendida hoguera,
y libres de toda culpa
suben á la gloria eterna.

Barcelona: Imprenta de los Herederos de la Viuda Pla, calle de Cotoners Marzo 1833.